

## MOLDOVA Y TRANSNISTRIA

CHISINAU (Moldova) – Un pequeño tren parte chirriando de Chisinau, capital de Moldova, con destino a Odessa, puerto ucraniano en el Mar Negro. Es difícil encontrar un asiento: la mayoría de los viajeros son mujeres precozmente envejecidas, que en los característicos bancos de madera amasan numerosas cajas de cartón. Los paquetes, con viejas etiquetas de bananas centroamericanas, contienen *jabloki*, las manzanas que las señoras llevan a vender a Odessa.

Casi todos utilizan todavía el viejo pasaporte de la antigua Unión Soviética con las letras ‘CCCP’ en la cubierta. Llega el enésimo cambista: a lo largo de los 180 kilómetros que separan las dos ciudades pasando por Tiraspol’, capital de Transnistria, se encuentran ¡tres monedas oficiales! Ahora, hacen falta cinco horas de tren o seis de autobús para cubrir esta distancia.

Un trabajo muy difícil espera al nuevo gobierno moldavo, salido de las elecciones del febrero pasado que devolvieron el poder a los comunistas de Vladimir Voronin con el 49,9% de los sufragios.

En este momento la República de Moldova encarna el dilema de muchas de las repúblicas ex soviéticas. Por un lado, miran hacia Occidente – la Unión Europea (UE) y la OTAN –, y por otro, dependen en gran medida, no sólo económicamente, de Rusia.



Chisinau: estatua de Kotovski, heredada del periodo soviético y extrañamente todavía en su lugar. En frente, uno de los muchos inmuebles cuyas obras se pararon por falta de dinero. Foto de Alessandro Gori

El territorio de Moldova, grande como Bélgica y con una población de 4,3 millones, está concretamente dividido en dos partes, confirmando también en el terreno esta condición bipolar. Del otro lado del río Dniéster, Nistru en rumano, existe la República Pridnestrovskaya de Moldova [PRM, en Occidente llamada Transnistria]. Se trata de un estado no reconocido pero *de facto* independiente que cubre el 12% del territorio de Moldova y que desde hace ya diez años está completamente fuera del control moldavo. Allí se concentra el exiguo aparato industrial del país.

Como en muchas repúblicas ex soviéticas (exceptuando los países Bálticos), la economía moldava, substancialmente agrícola y con poca industria ligera y de transformación, está desastada. En el periodo soviético Moldova era el principal abastecedor de la Unión de vino y coñac. Todavía en 1996, en Moscú se intercambiaba vino moldavo por gas ruso. Aún hoy los tintos de Cricova, Purcari o Romanesti, que se pueden encontrar en las rutilantes vinerías de Chisinau, tienen una distinguida calidad pero no son tan preciados como para poder penetrar en los mercados occidentales. En estos meses el gobierno está privatizando cinco grandes *kombinaty* para la producción vinícola y dos fábricas de tabaco, los únicos sectores sin pérdidas. Muy posiblemente acabarán en manos extranjeras.

Últimamente numerosas inversiones procedentes de los países de la UE han sido orientadas hacia la producción de productos textiles a bajo precio que se venden en los mercados occidentales. También por esta razón, el porcentaje del comercio exterior de Moldova con los países de la UE se está elevando lentamente (se encontraba al 25 por ciento en 1999), pero queda todavía muy lejano del que mantiene con los estados de la CEI (45 por ciento), Rusia *in primis*.

El factor más crítico es la extrema dependencia de Moldova del extranjero en importantes ámbitos. El país debe importar prácticamente todos los recursos naturales y las materias primas y especialmente la energía, que constituye el problema más espinoso: Rusia sigue siendo el único proveedor de gas. Sólo en este sector la deuda de Moldova alcanza ya los 300 millones de dólares, mientras que el déficit externo global del país se sitúa alrededor de los 1.400 millones de dólares, superior al 100% de su producto interno bruto. Muchos pisos no reciben regularmente suministro de gas, como es el caso de la familia de Valeriu, de 44 años, no muy lejos del centro de Chisinau. Lo mismo sucede con el agua caliente. El invierno pasado Rusia decidió cortar el gas durante algunos días sin avisar, complicando aún más la vida de la población. También porque los inviernos en los Cárpatos son muy fríos y prolongados. Suerte que el famoso coñac local ayuda a resistir las bajas temperaturas: Valeriu lo dispensa en dosis masivas, incluso en el desayuno.



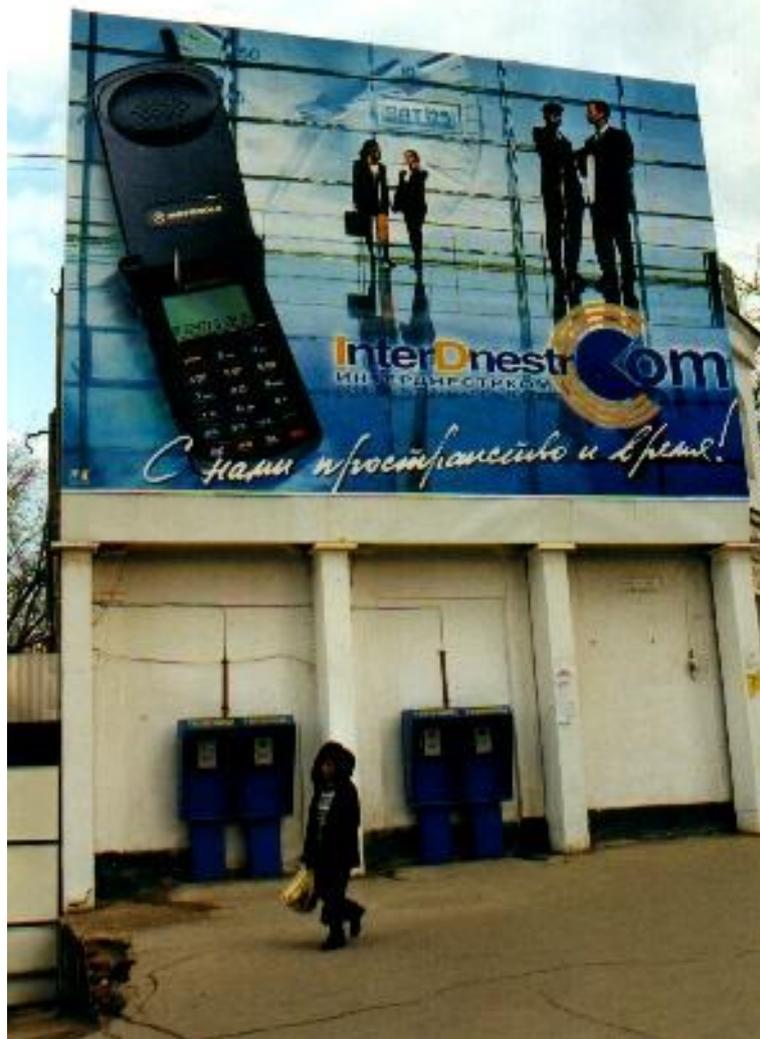
El “rublo mágico”, de 10.000 (antiguamente de 1). Foto de Alessandro Gori



Billete de 50.000 (que pero vale 500.000); de 500.000, el más alto en circulación. Foto de Alessandro Gori

Existe un proyecto con participación francesa para construir una terminal petrolífera en Giurgiulesti, en el Danubio. Sin embargo las obras fueron bloqueadas el año pasado a causa de una disputa de frontera con Ucrania, que contendía a Moldova una parte de los 300 metros de acceso al río, su única puerta importante hacia el exterior.

Parte de la población, especialmente quienes trabajan para el estado, no reciben desde hace tiempo su salario, ya por debajo de los 50 dólares mensuales. Tatiana, una profesora de francés de secundaria está entre ellos. «¿Cómo puedo sobrevivir sin sueldo? Tendría que pagar más de lo que ganaría para los gastos de electricidad y de gas ¡y ellos ni me pagan!», se queja. El resultado es un círculo vicioso en el que el gobierno no paga los sueldos, los trabajadores no pagan las cuentas y la deuda del estado crece cada día.



Tiraspol': Publicidad de la InterDniestrCom: por aquí no son muchos los que pueden permitirse móviles. Foto de Alessandro Gori

### **Pasaportes rumanos**

Las perspectivas no son precisamente de color de rosa en un futuro inmediato o lejano. Como acontece en muchos países de Europa Oriental, la primera preocupación de los jóvenes es intentar escapar al extranjero. Tanja, una estudiante de idiomas de 22 años, está buscando la manera de obtener un pasaporte rumano. «Después será más fácil y más barato conseguir visados occidentales», explica.

A razón de los fuertes vínculos históricos que unen Moldova y Rumania, los dos países firmaron un acuerdo de colaboración. Una cláusula prevé la posibilidad para los moldavos de obtener la ciudadanía rumana – y consecuentemente el pasaporte – demostrando el nacimiento de padres o abuelos en territorio rumano. Es el caso de la mayoría de la población, puesto que entre las dos Guerras, la Besarabia – más o menos la actual Moldova hasta el río Dniéster, pero

con acceso al Mar Negro – estaba unida a Rumania. Por eso se pueden ver largas colas en la embajada rumana.

Rumania está considerada como un hermano mayor, con la lengua y una parte de la historia comunes. Chisinau es una ciudad provincial de 800.000 habitantes, hasta hace diez años en las fronteras del Imperio Soviético, que de improviso se convirtió en la capital de un estado independiente. Un gran bulevar, el único de la ciudad, la corta en dos y ofrece a la vista una hilera de edificios gubernativos que emulan el más puro estilo soviético. Está dedicado a Stefan Çel Mare ['Stefan el Grande'] el héroe nacional moldavo de la época medieval, también compartido con los rumanos. Su efigie campea también en la mayoría de los billetes y monedas locales, los *Lei*, que no hay que confundir con la homónima moneda rumana. De la misma manera son comunes gran parte de los escritores presentes en el parque a ellos dedicado, enriquecido desde los años veinte con una estatua del prócer Stefan Çel Mare.

Durante el periodo soviético cualquier referencia a los lazos con la vecina Rumania era abortada, así como la lengua Rumana. El monumento a Stefan fue devuelto a su parque sólo en 1990, cuando la Unión Soviética estaba inexorablemente sucumbiendo y las elites moldavas declararon su voluntad de reunificación con los hermanos rumanos. Fue entonces cuando decidieron mudar el nombre del país: del más eslavófono 'Moldavia' a 'Moldova', que es la versión en rumano. Todo ello aumentó los temores de la población rusófona – situada en su mayoría del otro lado del río Dniéster – y los locales directivos rusos en 1990 aprovecharon la ocasión para crear Transnistria a través de un referéndum.

### **La guerra olvidada**

En 1991, como todas las repúblicas ex soviéticas, Moldova logró su independencia y al año siguiente intentó reconquistar por la fuerza el control sobre la región rebelde. El conflicto entra en los anales de las guerras olvidadas: duró tres meses, con un millar de muertos entre ambos bandos. Moscú envió al general Lebed a Transnistria para dirigir el XIV Cuerpo de Armada del Ejército Ruso, todavía acuartelado en aquellas tierras, y en pocos días frenó enérgicamente las hostilidades imponiendo el *statu quo*. Lebed se quedó por allí hasta 1995, cuando decidió dedicarse a la política, y todavía algunos le añoran.



Tiraspol': Mausoleo de los muertos en guerra frente al Soviet Supremo (en primer plano, los chicos de 1992, mientras que los caídos en Afganistán fueron trasladados al fondo. Foto de Alessandro Gori

La hipótesis de una Gran Rumania ya no existe. El país fronterizo, a pesar de su trágica situación, se considera desde aquí como un país más desarrollado y avanzado, especialmente después de que Bucarest haya empezado las negociaciones con la UE. Este hecho conllevará en el futuro serios problemas, por tener que cerrar una frontera de momento bastante abierta. Rumania representa en la actualidad para Moldova la única posibilidad concreta de diversificar sus abastecimientos energéticos.

Si Rumania representa de alguna manera Occidente, evidentemente Rumania mira hacia la Unión Europea y la OTAN. No obstante, existen enormes dificultades para obtener un visado de Schengen y muchas solicitudes son todavía rechazadas. Francia y Alemania son los únicos países de los Quince que tienen una embajada en Chisinau, lo que pone de evidencia la consideración les merece este pequeño país.

Una de las esperanzas de ayuda de Occidente pasa por la lengua francesa. ¿Por qué? Desde 1997 Moldova pertenece a la *Francophonie*, una asociación que une a algunos países bajo una segunda lengua común. «Por nuestros orígenes latinos, porque muchos estudian la lengua francesa y porque desde hace tiempo estamos ligados a la cultura de aquel país», aclara Victoria Vieru, corresponsal de la AIF [*Association Internationale de la Francophonie*]. Cifras oficiales señalan que el 65% de la población escolar estudia francés (contra el 30% de Rumania), aunque

no todos puedan hablarlo correctamente. Sin embargo, el ruso sigue siendo la lengua más usada en las calles y en la vida de cada día, incluso más que el moldavo, que en realidad sería rumano.

Iurie Leanca, joven y políglota viceministro de Exteriores, lamenta que «después de nueve años de independencia todavía estamos discutiendo sobre la integridad de nuestro territorio, con la presencia de tropas extranjeras y secesionismo», refiriéndose al problema de Transnistria. Sólo en 1995, después de cinco años de negociaciones, se resolvió la situación de otra región rebelde, Gagauzia, en el sur del país.

«Nuestra segunda prioridad es la integración en la UE», sigue Leanca. Sin embargo el camino será muy largo: de momento, no parece que haya atisbos ni siquiera para entrar en la zona de libre comercio. «La UE constituye para nosotros la única posibilidad de sobrevivir. Desafortunadamente la Unión no ha fijado ninguna condición clara para empezar las negociaciones». La sensación es que los Quince son ajenos a ello, o casi. Existen pocos proyectos financiados a través del programa TACIS y muy poca presencia política. También la oficina recién abierta en Chisinau no es una representación oficial sino una sucursal de la de Kiyv.

Ion Stavila, responsable para las relaciones del gobierno de Moldova con la OTAN y la OSCE, confirma: «En este momento el río Prut, que divide Rumania y Moldova, constituye la frontera entre Este y Oeste de Europa: la UE no tiene la voluntad política de atravesar esta línea para no molestar a Rusia. Asimismo, la propia sociedad moldava está dividida en dos: una parte orientada hacia la UE y la otra hacia el Este, Rusia y la Comunidad de Estados Independientes (CEI)».

Moldova pertenece a la CEI, pero no integra su estrategia militar. En cambio sí participa en el programa “Asociación para la Paz” de la OTAN. Stavila opina: «La OTAN representa más que nada un apoyo psicológico y estratégico, con la posibilidad de que los Estados Unidos discutan con Rusia la cuestión de Transnistria».

## **TRANSNISTRIA**

El pequeño tren que va hacia Odessa sigue avanzando, inmerso en el olor a manzanas. Inesperadamente, para pasar el río Dniéster no hay ningún control. No se puede decir lo mismo si se cruza por carretera: desde la ventanilla se pueden ver largas colas de coches en el puente paralelo.

Finalmente entramos en Transnistria. Pocos minutos después de haber cruzado la ‘frontera’ se llega a Bendery, la ciudad más golpeada por la guerra de 1992. A continuación, en pocos instantes se alcanza ya Tiraspol’, la ‘capital’ de esta entidad separada con un propio parlamento, gobierno, moneda, policía y ... mafia. Una entidad que, a pesar de todo, no está reconocida internacionalmente. Aquí se intenta sobrevivir desesperadamente, mientras que, justo al lado, unas pocas personas acaparan poder y recursos.

Galina es viuda. Tiene unos cincuenta años, pero parece mayor. Galina vive en uno de los muchos *bloki* surgidos como setas y que desde hace tiempo constituyen el panorama urbano de la 'capital'. Aquí tampoco llega el agua caliente y para sobrevivir la población intenta arreglárselas como puede. Sobre todo con los productos de la tierra. «Por suerte esta región es fértil y generosa y muchos de nosotros tenemos parientes en el campo», afirma. Sobre la mesa, el tocino sazonado con pimienta y los tomatitos marinados preparados por ella misma, acompañados por la omnipresente vodka.

Esta franja de tierra, ancha en algunas partes en no más de diez kilómetros, parece una broma de la historia. A pesar de diferentes misiones de paz y de la asistencia de numerosos negociadores internacionales, nada pudo modificar las posiciones. El último documento significativo, el Memorando de Moscú, se remonta a mayo de 1997. Después, la nada. Las partes se empeñaban entonces en «construir sus relaciones en el marco de un estado común en las fronteras que la República Socialista Moldava tenía en enero de 1990».

Sin embargo, todos tienen opiniones diferentes sobre lo que esto significa exactamente. Ion Stavila, del Ministerio de Asuntos Exteriores Moldavo, opina: «Moldova ofrece un estatuto de autonomía, pero ellos quieren la independencia para reconocer la actual situación sobre el terreno. Tenemos que buscar las claves de este conflicto en Moscú. La cuestión chechena es muy delicada: Rusia quiere combatir el separatismo dentro de su federación pero al mismo tiempo sigue apoyando a Transnistria». Para Aleksandr Karaman, vicepresidente de Transnistria, en cambio, «un país común no significa necesariamente unitario o único. Para nosotros estaría bien una confederación, pero ellos piensan que tenemos que entrar en su estado: todo gira alrededor de este punto. Además Moldova tiene una inmensa deuda externa que nosotros no queremos pagar», añade. Un diálogo entre sordos. Valeriy Litzkay, Secretario de Estado de Transnistria, aclara: «Poseemos todas las estructuras propias de un estado. Las relaciones con Moldova se tienen que regularizar, porque tal y como están ahora constituyen un factor de fuerte inestabilidad».

Tiraspol', la 'capital' que escasamente llega a los 200.000 habitantes de un 'estado' de 800.000, está todavía sembrada de monumentos soviéticos. El despacho de Litzkay se encuentra en el palacio del Soviet Supremo. En la plaza de enfrente, una inmensa estatua de Lenin ofrece todavía su marmóreo perfil al viento. Así como en la plazuela del ayuntamiento otro Lenin controla con sigilo a los transeúntes. La explicación oficial del gobierno es que: «Nosotros no estamos en guerra con los monumentos». Litzkay, en un castellano aprendido en Cuba, precisa: «Afirmar que somos estalinistas o que vivimos en un sistema socialista es un prejuicio. Aquí hay sociedades anónimas y empresas privadas. No somos capitalistas, pero tampoco socialistas. Podríamos decir que nos acercamos a Corea del Sur, donde existe un riguroso poder presidencial, pero donde no se practican precios estatales. Al contrario, nuestras leyes son muy favorables a las inversiones

extranjeras. Tenemos ya muchas compañías mixtas. Gracias a nuestra posición geográfica quisiéramos convertirnos en un territorio franco».



Tiraspol': entrada del Soviet Supremo. Foto de Alessandro Gori.

### **Rusia, la clave**

Sin embargo, Rusia permanece como referencia, además de ser el punto clave de toda la situación. La mayoría de la población en Transnistria se considera rusa. «Incluso utilizamos el sistema educacional ruso», explica Stepan Beril, rector de la Universidad de Tiraspol', dedicada al poeta ucraniano Shevchenko.

Aquí también los abastecimientos económicos y energéticos dependen completamente de Moscú. Y queda claro hacia donde miran los gobernantes: el año pasado el gobierno de

Transnistria presentó a las autoridades competentes el pedido oficial de incorporarse a la Unión entre Rusia y Bielorrusia. Todavía no ha obtenido respuesta.

El problema más delicado aún por resolver sigue siendo la presencia de los restos del XIV Cuerpo de Armada del Ejército Ruso. En 1992 todavía estaba integrado por más de 10.000 unidades. Ahora se ha reducido a unos 2.600 hombres, divididos en dos batallones, que Transnistria considera como una fuerza necesaria para asegurar la paz en la región. Los intereses geoestratégicos de Moscú para mantener una avanzadilla proyectada hacia los Balcanes son evidentes.

Aún más complicada resulta la cuestión de la inmensa cantidad de armas y municiones que quedaron aquí después el derrumbe del Imperio. Ascienden a 41.000 toneladas y, según los acuerdos estipulados en el momento de la disolución de la URSS, pertenecen al país en que se encontraban en ese momento. Rusia y Moldova firmaron más de un documento para su traslado, pero todos cayeron en saco roto. El último se remonta a la cumbre de la OSCE en Estambul en noviembre de 1999, pero tampoco entonces Transnistria fue invitada a las negociaciones. Litzkay considera que: «Rusia puede decidir lo que quiera sobre los soldados, pero para los armamentos es diferente. Exigimos una compensación económica. Si pagan, pueden llevárselos mañana mismo: firmamos un protocolo con Rusia y el 50% del valor es nuestro». Valor que suma 300 millones de dólares, exactamente la deuda para el gas que Transnistria tiene con Rusia...

No es fácil resolver esta situación. William Hill, jefe de la misión OSCE en Moldova, afirma que: «de momento, el nivel de desconfianza entre Moldova y Transnistria es tal que se hace imprescindible la presencia de fuerzas internacionales». Es más, en la reciente cumbre de los países de la OSCE celebrada en Viena a finales de noviembre, hubo nuevas discrepancias entre los países miembros y Rusia exactamente por su actitud hacia Moldova, Georgia y Chechenia.

Todas las cuestiones políticas quedan abiertas. Y hay que considerar otros factores: existe un jugoso mercado negro, además de importantes asuntos económicos y geoestratégicos. La sensación es que el *status quo* beneficia a muchos y que no hay suficiente voluntad política como para normalizar la situación.

El 'Presidente' Igor Smirnov está en el poder desde la creación de Transnistria, o sea desde hace un decenio. Está ahora intentando modificar la constitución – confeccionada por sus propios correligionarios – para poder obtener un tercer mandato, entonces no previsto. Mientras tanto, las condiciones de vida son extremadamente difíciles, por lo menos para la gente común. «Estamos ya en el plan de trabajar como pasatiempo», cuenta irónicamente una profesora de la universidad local que domina diez idiomas. Y añade: «Como nos pagan con retraso de cuatro meses, tenemos por fuerza que hacer alguna otra cosa para sobrevivir». También aquí los sueldos, cuando se pagan, son de hambre: entre los 20 y 50 dólares. Como si no fuera suficiente, la moneda local, el rublo de Transnistria, alcanzó límites de inflación paroxísticos. En las oficinas de cambio sembradas por todos lados, por cada dólar se recibe un cúmulo de rublos: más de 4

millones. Con el problema práctico de que el billete más alto es de sólo 500.000, lo que vale un pasaje en minibús. En estas condiciones, de todas formas los salarios no podrían ser más altos, para no obligar a la gente a tener que andar con bolsas de dinero.

El síndrome del juego del *Monopoly* es aún más patente cuando el extranjero, ignorante, descubre que uno de los billetes de 50.000 vale en realidad diez veces más. Parece que eran de buena calidad, así que siguieron en circulación a pesar de la inflación. Otro billete que originariamente valía un rublo fue simplemente 'corregido' añadiendo cuatro ceros y borrando torpemente la palabra «rublo», substituida por su plural. Se podría decir que es un "rublo mágico", porque en el verso se indica todavía el valor precedente.

Entre los jóvenes estudiantes las opiniones son discordantes. Olga, 17 años, piensa que: «Las dos regiones comparten una historia común: por esto tendríamos que volver a vivir juntos». Por su parte, Marina, colega suya, cree que: «Después de la guerra que tuvimos tendríamos que quedarnos separados». Pero, ¿cuáles son las perspectivas para el futuro? Litzkay parece no dejar lugar a dudas: «El Dniéster desde siempre constituyó una frontera natural: existe desde hace siglos y existirá siempre».

## GAGAUZIA

KOMRAT (Gagauzia – Moldova) – ¡Levante la mano quién sabe dónde se encuentra Gagauzia! Pero, si está cerca de Transnistria, ¡claro!

No, no estamos hojeando una aventura de Tintín, sino que sólo estamos hablando del problema de las minorías secesionistas en Moldova: indudablemente el pequeño país transcarpático detenta el récord por kilómetro cuadrado. Si con Transnistria la cuestión está muy lejos de resolverse [véase el artículo anterior], el gobierno moldavo tuvo más suerte con Gagauzia, en el sur del país.

Gagauzia ocupa un territorio de 1.800 km cuadrados, divididos en cuatro distritos rurales, en donde viven más de 150.000 personas, el 3,5% de la población total moldava.

Los gagauzes son una pequeña comunidad turcófona con la peculiaridad de profesar la religión cristiano-ortodoxa. Ellos mismos explican que la palabra «gagauze» procede de una antigua palabra turca cuyo significado sería «fiero». Sin embargo, si se lo preguntáis a un moldavo casi seguramente os contestará que el término significaría en cambio «traidor».

En el siglo XVIII, en los tiempos de las guerras entre los imperios Ruso, Austro-Húngaro y Turco, los gagauzes encontraron amparo en la región llamada Dobrugia bajo el ala protectora del Zar, de quien abrazaron también la religión. Con varios cambios de frontera, el pequeño territorio

siguió los destinos de Moldova, donde estaba integrado, acabando en la Unión Soviética al comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Su capital histórica es Komrat, una pequeña ciudad soviética de cerca de 30.000 habitantes diseminada de grises bloques de pisos alrededor de numerosos *Kolkhoz* vinícolas y escasas industrias. Y, maravilla de las maravillas, una iglesia ortodoxa en que ¡el pope dice misa en turco! Ver es creer.

Así como Transnistria, también Gagauzia es el resultado de la fiebre nacionalista vivida en la Europa del Este a partir de 1989. Los moldavos redescubrían entonces la lengua y las tradiciones rumanas que les eran propias y que habían sido prohibidas durante el periodo soviético, entonces en su crepúsculo. Ni Transnistria ni Gagauzia, sin embargo, querían perder su condición adquirida en la Unión Soviética y encontrarse en un país en que mandaban dirigentes nacionalistas moldavos. O, peor aún, ver su territorio tornarse hacia Rumania, como había pasado entre las dos Guerras Mundiales y como se vislumbraba en la época.

Por esta razón, en octubre de 1989 los gagauzes organizaron elecciones legislativas locales y en agosto de 1990 proclamaron la República Socialista Soviética de Gagauzia, incorporando a unos cuarenta pueblos rebeldes. A diferencia de Transnistria, los gagauzes no tenían el Ejército Ruso para defenderles, sino sólo una «Armada Nacional», compuesta por unos doscientos soldados. También por eso las negociaciones fueron al final más fáciles. Gagauzia fue la única entidad en el mundo en reconocer oficialmente a Transnistria, pero en la época de su guerra con Moldova de 1992, los gagauzes no enviaron ni un soldado en su apoyo. Entonces en Komrat se decía: «Somos tan pocos que hasta la pérdida de sólo un gagauze sería una tragedia».

La estrategia de Moldova y los equilibristos diplomáticos para alcanzar un compromiso tuvieron finalmente éxito. A finales de 1994, el acuerdo. Los gagauzes aceptaron la autonomía renunciando a la independencia y el Parlamento Moldavo votó la «Ley sobre el Estatuto Especial de la *Gagauz Eri*». Sí, porque como los moldavos no habrían consentido definir la entidad como «República» se prefirió utilizar palabras de la lengua local. Así, los gagauzes obtuvieron su *Gagauz Eri* (república de Gagauzia) y un *Bashkhan* (presidente), una *Khalk Toplush* (Asamblea del Pueblo, o sea parlamento), con una capital, mejor dicho una *merkez kasabassy*, una bandera azul con tres estrellitas y una línea roja, y el gagauze – no muy distinto al turco – como lengua oficial para utilizarla también en la enseñanza. Este acontecimiento abrió inmediatamente a Moldova las puertas de la admisión al Consejo de Europa. La ley sobre la Gagauzia prevé también una cláusula llamada de «autodeterminación externa». O sea, el derecho de independencia en el caso de una anexión entre Moldova y Rumania, en este momento bastante remoto.

«Fue una reacción a las crecientes tensiones interétnicas en el sur de la república», declaraba a una revista local Dmitry Croitor, *Bashkan* de la *Gagauz Eri*. «Estamos orgullosos por cómo la situación se resolvió, a través de una pacífica decisión de diálogo y esperamos que constituya un modelo para otros pueblos que luchan para su reconocimiento».

Ahora la situación política en Gagauzia es estable. «Las elecciones de hace un año para la *Khalk Toplush* lo demostraron», seguía Croitor. «La autonomía constituye una garantía para preservar la identidad y las tradiciones del pueblo gagauze. Desafortunadamente quedan todavía graves problemas económicos, comunes a toda la región». Aunque en Komrat estén más orientados hacia Moscú que hacia Ankara, los gagauzes esperan obtener beneficios de Turquía, que en los últimos años hizo de todo – y con considerables resultados – para atraer bajo su influencia a las repúblicas turcófonas ex soviéticas de Asia Central.

Hasta aquí todo correcto. Sin embargo, desde hace tiempo se notan síntomas de malestar por parte de la minoría búlgara de Moldova, concentrada especialmente en la zona de Taraclia. Ellos también reclaman una amplia autonomía y acaban de obtener sólo algunas pequeñas concesiones. ¿Serán suficientes para calmarlos?

ALESSANDRO GORI

### **CRONOLOGÍA DE LA REGIÓN**

- Hasta 1812: Imperio Otomano;
- 1812 - 1918: Impero Ruso;
- 1918 - 1940: separación entre Moldavia (Bessarabia), anexa a Rumania, y la región de Transnistria (que se convierte en República Autónoma), anexa a la URSS;
- 1940 y oficialmente 1945: República Socialista Soviética de Moldavia (incluida la parte de Transnistria) dentro de la URSS;
- 1990: autoproclamación de la República de Transnistria;
- 1991: Moldavia logra su independencia como todas las otras Repúblicas ex Soviéticas;
- 1992: guerra de tres meses entre Moldova y Transnistria con un millar de muertos.